

## Los amigos... del alma

José Antonio Merino

Me molesta muchísimo y me duele en lo más profundo de mi ser que mi amigo del alma, Alfredo<sup>1</sup>, se me haya ido tan pronto. No soy hombre de pluma, pero siento con marcada sensibilidad y me atrevo a hacer un recorrido por mi memoria con quienes me quieran acompañar, leyendo el contenido de estas páginas, evocando momentos de nuestra vida, de compañeros, de todo: estudios, deportes, vivencias, diversiones, travesuras, ¡de todo!

Vosotros, Patricia, Miguel (nombre del padre de Alfredo) y Sofía, personas de su equipo, esposa, hijo e hija, sois, desde ahora, el referente de la amistad que nos unía tan fuertemente. Cuando os escuche, cuando lea vuestros correos me estaréis recordando al amigo entrañable e incondicional. Y cuando os abrace, que espero hacerlo, lo haré pensando que a cada uno de vosotros os estaré abrazando como a una pareja porque con cada uno de vosotros estará él.

Fijaos que, a pesar de ser mal contador por escrito de hechos y acontecimientos, estoy muy a gusto haciéndolo porque me resulta sumamente fácil recordar nuestra larga vida (9 años) juntos, enfrascados en actividades comunes y porque me hago a la idea de que estamos ambos recorriendo aquel camino a lo largo del cual se fraguó nuestra amistad y de tal manera que nunca, a lo largo de nuestra vida, tuvo la más mínima fisura. Es cierto que tuvimos momentos y épocas difíciles, pero también disfrutamos de otros muchos y muy felices. Los dos teníamos mucha tendencia al buen humor, nos gustaba el juego hasta donde les puede gustar a unos niños sanos y llenos de ganas de vivir. Es cierto que él era el prototipo de la persona formal y de palabra; de

<sup>1</sup> Este relato es un homenaje a Alfredo Molinero, complementario del que en este mismo volumen hace Ignacio García. (N.E.).

hacerle perder el tiempo ya me encargaba yo ¡qué tiempos! A ver si empiezo, que empezar no es fácil.

Alfredo y yo, compañeros del alma, nos conocimos en el mes de octubre de 1952. Él ya llevaba algunos meses en el internado que los Hermanos Maristas regentaban en Carrión de los Condes, un pueblote de la provincia de Palencia (España). Además de tener caracteres muy afines, nuestra estructura corporal era muy similar: una estatura de 1,61 metros (varias veces 70 centímetros, como solíamos decir) de adultos; el mismo peso, la misma edad (yo era mes y medio mayor que él), él era más guapo que yo, pero ambos guapos ¡qué caramba!, buenos deportistas y dispuestos a jugar en cualquier momento a lo que se terciara, el caso era jugar. Es cierto que él era muy buen estudiante, se tomaba la vida en serio; yo... pasaba de curso, me conformaba con menos. Creo que este último aspecto era uno de los que más nos unía. Normalmente, los buenos estudiantes se juntan con los buenos estudiantes y los malos estudiantes con los malos estudiantes pero, entre nosotros, hasta lo no normal era normal, paradojas de “algunas” vidas. Él estaba seguro de sí mismo y no temía pasar a mal estudiante por mi influencia. Su influencia en mí fue más fuerte que la mía en él, prueba de ello es que llegué a ser casi tan buen estudiante como él. Gracias, Alfredo.

Entre nosotros todo eran verdades. Éramos los más bajitos de los compañeros de curso. Este hecho hacía que siempre encabezáramos las dos filas indias que había que formar cuando teníamos que trasladarnos de un lugar a otro de la casa o al finalizar los recreos. En las aulas, siempre, siempre, siempre, nos colocaban en primera fila y uno al lado del otro; esto nos obligaba a un mejor comportamiento por razones obvias. Casi nunca nos tocaba formar parte del mismo equipo de fútbol (los dos ofrecíamos las mismas buenas condiciones futboleras), aunque sí formábamos parte de la selección del curso y de la selección del internado (¡a ver, siendo tan buenos!). En clase de inglés nos divertíamos muchísimo porque el profesor se dormía y porque el dominio que tenía del inglés era escasito, escasito. Si yo le decía algo que le producía gracia, él se ponía rojo debido al esfuerzo que tenía que hacer para no reír por temor a que le viera el profesor. Más de una vez nos “merecimos” la privación de la pastilla de chocolate que acompañaba al pan de la merienda.

Le llamábamos “Moli”, la primera mitad de la palabra de su apellido, que también parecía tener ciertas connotaciones de diminutivo cariñoso. Esta forma de dirigirse a una persona se hace, normalmente, en familia o en círculos muy cercanos de amistad. Ello significaba que entre sus compañeros era muy bien aceptado, motivos había para ello. Era alegre, excelente compañero y animador de todo bien hacer.

Me acuerdo de detalles muy pequeños, pero muy significativos. Tenía algo deformada la uña del dedo índice de la mano derecha y esta “cualidad”,

y digo cualidad, le permitía colocar una canica entre sus dedos de tal manera que el disparo de la canica era tiro certero. Esto le hacía ser el rey, también, en el juego de las canicas en todas sus modalidades. En el coro del internado se significó por su voz de tiple<sup>2</sup> o por acompañar con la flauta travesera.

Dada su energía natural, se expresaba muy bien con la viveza de sus negros ojos, ojos que ha heredado su hijo Miguel. Cuando se enfadaba, que también alguna vez le ocurría, esos ojos negros se le abrían “de par en par” (al máximo). No era fácil intimidarle.

Nuestra etapa de compañeros de formación en España duró 6 años. Durante este período fuimos creciendo casi al mismo ritmo de aprovechamiento, porque yo ya me había concienciado que tenía que seguir su buen ejemplo. El ritmo de crecimiento corporal no fue el que hubiéramos deseado pero (¡qué le vamos a hacer!) nos tuvimos que conformar con lo que siempre fue realidad: nuestra condición de bajitos.

Otra etapa, también interesante, fue nuestra estancia en el continente americano. El viaje a Cuba lo hicimos en 1957. Este viaje en barco daría tema para escribir un grueso libro, no lo voy a hacer. Por supuesto que nos tocó viajar en el mismo camarote amueblado con dos literas de dos camas cada una. Embarcamos en el puerto de Bilbao 18 jovencitos llenos de ilusiones. Poco antes de zarpar el barco, cantamos el “Adiós del misionero”, canción polifónica (¿una habanera?). Sonó tan bien e impresionó tanto que, a muchas de las numerosas personas que lo escucharon, se les saltaron las lágrimas.

Después de recorrer los litorales cantábrico y atlántico de España, el barco puso rumbo a EE.UU. Muchas anécdotas: mareos, peces voladores, grupos numerosos de delfines nadando delante del barco, la admiración y la impresión que nos causó la llegada a la desembocadura del río Hudson, la estatua de la Libertad, los estibadores del puerto (unos negros inmensos, alguno con zapatos de distinto color) que tomaron posesión del barco para hacerse cargo de las grúas y descargar parte de las bodegas del barco.

Llegamos a Cuba 21 días después del inicio de nuestro viaje. Continente nuevo, vida nueva. Nuestra adaptación fue rápida a pesar de la “morriña” que nos produjo la separación de la patria y de nuestra familia. Teníamos ya 18 años. ¡Qué bonita y qué sabrosa la primera media toronja<sup>3</sup> que comimos en el desayuno del día siguiente!

Empezamos la última etapa de nuestra formación y, en el tiempo que duró esta etapa (dos años), ocurrieron muchísimas cosas y anécdotas. Apre-

<sup>2</sup> La voz de un niño antes de que cambie, es decir, antes de la pubertad, que consigue llegar a notas muy agudas. (N.E.).

<sup>3</sup> Pomelo. (N.E.).

dimos a jugar al baseball, al frontenis, etc. Alfredo era un excelente lanzador. Algunos de nuestros compañeros recordarán el pelotazo que le cayó en la cabeza a un bateador novato por no andar listo con el bate. Fue tal el pelotazo, que la pelota le regresó de fly<sup>4</sup> a Alfredo, que la había lanzado. El agredido, involuntariamente por supuesto, aguantó el pelotazo como si nada le hubiera ocurrido. Nuestra primera excursión a la playa, creo que de Varadero, fue de consecuencias tremendas por la quemada que nos produjo el sol caribeño; parecíamos camarones, nos puso morenos para todo el tiempo que duró nuestra estancia en Cuba.

Nos separamos al finalizar nuestra etapa de formación en 1960. Él se fue al oriente de la isla y yo me quedé en La Habana. ¡Nunca más volvimos a convivir juntos! Bien es cierto que nunca nos olvidamos el uno del otro. Después de un año de profesores en Cuba, salimos de la isla. Yo regresé a España donde ejercí de profesor dos años y él se fue a EE.UU., donde se lo debió de pasar muy bien, según me contó. A los pocos días de mi estancia en España fui a su pueblo, cercano al mío, para saludar a sus padres y darles un mensaje de tranquilidad. Me recibió su madre, la estoy viendo todavía; me dio un abrazo igual de fuerte y prolongado que se lo hubiera dado a su hijo. Me hizo mil preguntas; ella no pestañeaba.

Luego, yo regresé a Guatemala para ejercer de profesor en la ciudad de Coatepeque y él vino a España donde ejerció de profesor en el internado donde nos conocimos. Daba la impresión de que nos perseguíamos sin llegarlos a encontrar. Él viajó a Ecuador, luego a Puerto Rico y finalmente recaló en Guatemala. Y mientras él trabajaba y hacía su carrera de Química, yo trabajaba y hacía mi carrera de Física en El Salvador. Nos veíamos al finalizar el curso pero muy poco para lo que los dos deseábamos. Me tocó regresar a España en 1969, noviembre, y pedí autorización para ir a Guatemala antes de viajar a España, con el fin de visitar a mi amigo entrañable; me lo concedieron. Estuvimos juntos unos tres días que vivimos a tope. Él estaba preparando un examen de Termodinámica. Hicimos juntos el repaso de los temas, yo los tenía bastantes frescos porque los había estudiado no hacía mucho y salimos a dar una vuelta por la ciudad. De esta visita queda constancia en una foto que Patricia y sus hijos guardan, espero celosamente, y yo también.

Ésta no fue la última vez que le vi. Él y su familia al completo viajaron a España y tuve el honor de recibirles en Valladolid donde resido. Aquí estuvieron dos días que también aprovecharon para saludar y conversar con su amigo “Taquio” y familia.

Les llevé a su pueblo, Aviñante de la Peña, pueblecito situado en las faldas de los montes Cantábricos. Volví días después con mi esposa a visitarles

<sup>4</sup> Elevada. (N.E.).

en su pueblo. Pasamos la tarde juntas las dos parejas y nos despedimos con una cena en aquel restaurante de carretera ¿te acuerdas, Patricia? Nosotros hablábamos de nuestras cosas, que eran muchas, y vosotras... no sé de qué porque estábamos a lo nuestro. Ésta fue la última vez que nos vimos. ¡Bien sabe Dios las ganas que tuve siempre de viajar a Guatemala para volver a abrazarle! Tuve infinitas invitaciones tuyas y de su familia para hacer ese viaje que tanto hubiéramos disfrutado; tengo invitación todavía.

Hemos hablado mucho por teléfono, nos hemos mandado correos; pero no fue suficiente. La última vez que hablé con él fue una semana antes de su cumpleaños, el 18 de enero. Nuestra conversación duró algo más de una hora. Su enfermedad, en su última fase, era un referente en nuestra conversación, ¡qué fuerte era! Fue inteligente hasta para llevar con muchísima entereza y aceptación sus duros y largos padecimientos. Tenía envidia sana de mi salud: “tú estás como uno de esos robles de nuestros montes”. Simpatizaba con mi filosofía de vida; esto me producía una gran satisfacción porque era la opinión de un amigo inteligente. Los dos hemos sido muy afortunados en la vida, tanto en la vida profesional como en la vida familiar. A él le llevó el destino a ese punto mágico del mapa (Guatemala) donde, a muy buena hora, se encontró con la perfecta compañera en cuya compañía recorrió el camino de la vida. ¡Qué suerte bien merecida tuviste, Alfredo! Y ¡qué bien os rodeasteis de esos dos estupendos hijos con que os bendijo el buen Dios! También tú, Patricia, supiste elegir con verdadera certeza. Él siempre fue de absoluta garantía. Del aprecio y cariño que supo acaparar en vida tendríais, en la despedida que le hicisteis en los funerales, una buena muestra. En ese momento, al ver la cantidad de personas que le querían, pasaría por vuestra mente la suerte, muy merecida, de haberle tenido como esposo y como padre. También: ¡qué suerte y qué acierto el suyo! Una vez más, estoy muy a gusto haciendo este recordatorio porque le he vuelto a la vida mientras he tenido en la mente el recuerdo del amigo a quien tanto sigo queriendo. Sé que a vosotros, su familia, estos sencillos comentarios os producen agrado porque sabéis y corroboráis que todo lo que este escrito contiene son verdades, tanto en su aspecto anecdótico como sentimental. Él fue fiel en lo poco y en lo mucho y por ello tiene, con toda seguridad, el gozo de su Señor. Todos los que le quisimos tener entre nosotros, le mantendremos vivo con nosotros.

Patricia, Miguel, Sofía, tenéis el cariño y el aprecio mío, el de mi esposa y el de mis dos hijos. Os agradezco estos momentos que, por vuestra petición, he pasado con Alfredo. Nuestro cordial y más sentido abrazo.